
Estados Unidos y China: relaciones históricas, rivalidades contemporáneas.

Carlos Guevara Mann, Ph.D.^{1*}

¹ Profesor y director de la maestría en relaciones internacionales, Florida State University - Panamá

*Autor para correspondencia. E-mail: cguevara@fsu.edu

Recibido: 27 de noviembre de 2019

Aceptado: 11 de diciembre de 2019

Ponencia presentada en el ciclo de conferencias sobre historia de Estados Unidos; Salón de Profesores “Manuel Octavio Sissett”; Facultad de Humanidades, Universidad de Panamá; viernes, 18 de octubre de 2019.

El “viejo comercio chino” (1784-1844)

Doscientos treinta y cinco años atrás—el 22 de febrero de 1784—el barco *Empress of China* (“Emperatriz de la China”) zarpó desde Nueva York hacia el este, con destino a Cantón, adonde llegó seis meses más tarde, el 28 de agosto. La llegada del navío neoyorquino a China marca el inicio de la relación de Estados Unidos—Estado recién nacido a la vida independiente, cuya juventud y débil argamasa constitucional ponía su viabilidad en entredicho entre los integrantes de un sistema internacional eurocéntrico—y el milenar imperio chino, el Estado independiente más antiguo del mundo, el cual, por cierto, no formaba parte de aquel sistema.

A través del comercio chino, Estados Unidos aspiraba a adquirir participación en una actividad económica lucrativa, dominada por los británicos, en que estaban involucradas las potencias europeas. Pero, como el tráfico marítimo internacional era un ámbito de prestigio en que participaban los Estados más prominentes, a través del comercio con China los estadounidenses buscaban, además, obtener el reconocimiento y la legitimidad de que hasta el momento carecían. Para Estados Unidos, el comercio chino era cuestión de estatus.

La dirigencia estadounidense, inmersa en la cosmovisión occidental del derecho de gentes y sus protocolos que enmarcan las relaciones entre Estados, muy tempranamente intentó aplicar dichos parámetros a su relación con el celeste imperio. A bordo de *Empress of China* viajaba Samuel Shaw, quien había recibido del gobierno estadounidense el nombramiento de cónsul en Cantón. El gobierno chino, sin embargo, no reconoció su nombramiento. Las decisiones de la corte en Pekín no se ajustaban a los códigos de conducta elaborados por Pufendorf, Grocio, Burlamaqui y Vattel para enmarcar las actuaciones de las potencias europeas a las que Estados Unidos aspiraba a emular. Aun

así, Shaw, ex revolucionario bostoniano, permaneció varios años en China, promoviendo el comercio entre su país y el gigante asiático.

En las décadas siguientes, el “viejo comercio chino” (*the old China trade*, en inglés) prosperaría significativamente, a la par del tráfico ballenero, también de gran relevancia. Entre ambos, generarían las primeras fortunas millonarias del nuevo Estado, acumuladas por familias de navieros y comerciantes de los puertos del litoral atlántico estadounidense: Salem, Boston, Nueva York, Filadelfia o Baltimore. Estas fortunas, obtenidas sobre la base de la apetencia estadounidense por artículos de lujo—sedas, lacas, algodones, té, ruibarbo, porcelanas, especias y muebles exóticos—financiarían el impresionante desarrollo manufacturero de Estados Unidos a partir de mediados del siglo XIX.

Si los estadounidenses codiciaban las mercaderías del celeste imperio, cuya posesión era indicio de alta posición social, según los criterios de las capas superiores europeas y norteamericanas, a los chinos poco les interesaban los productos que inicialmente podían ofrecerles los navegantes del nuevo Estado. Lo único que llamaba la atención en China era el ginseng estadounidense, por lo que los comerciantes de Estados Unidos debían llevar grandes cantidades de oro y plata para pagar sus compras en Cantón, único puerto autorizado por la corte de Pekín para comerciar con el extranjero.¹

Más adelante, los barcos estadounidenses ampliarían sus circuitos en busca de géneros interesantes para los chinos: pieles de animales, de la costa pacífica de Norteamérica; sándalo de Fiji, las Marquesas y Hawai'i; focas, nidos de pájaros, nueces de betel y pepinos de mar, del Pacífico; y—significativamente—opio, obtenido en territorios del imperio otomano.

La época del “viejo comercio chino”—el primer período en las relaciones entre Estados Unidos y China—se prolonga a lo largo de sesenta años. Aunque China reconocía la existencia de Estados Unidos, este reconocimiento no era de tipo diplomático ni abarcaba el intercambio de enviados. Aun así, la relación puramente comercial produjo enormes beneficios a Estados Unidos.

El comercio con China, destaca la profesora Shoemaker, marcó el surgimiento de Estados Unidos como Estado soberano. Según los cálculos de Rhys Richards, citados por Shoemaker, 1,352 barcos estadounidenses comerciaron en Cantón entre 1784 y 1833: un promedio veintisiete barcos por año.²

La era de la extraterritorialidad (1844-1949)

Ciento setenta y cinco años atrás—el 3 de julio de 1844—Estados Unidos y China suscribieron el Tratado de Wangxia, que dio inicio a las relaciones diplomáticas formales entre ambos países. Este tratado fue una de las consecuencias de la derrota china en la primera guerra del opio, librada entre el gobierno de Pekín y el Reino Unido entre 1839 y 1842. Las restricciones mercantiles impuestas por China, que circunscribían el comercio extranjero al puerto de Cantón, fueron la causa más amplia del conflicto, atizado por los reclamos de comerciantes foráneos, ávidos de incrementar sus oportunidades mercantiles.

¹ “Canton system,” *Encyclopaedia Britannica*, <https://www.britannica.com/event/Canton-system>. Acceso: 18 de octubre de 2019.

² Nancy Shoemaker, “Extraterritorial United States to 1860,” *Diplomatic History* 42:1 (January 2018): 36-54 (pág. 40).

La prohibición imperial a la importación de opio, sustancia psicotrópica cuyo tráfico proporcionaba grandes ingresos a los extranjeros—principalmente, británicos, pero, también estadounidenses—fue una causa más específica de la guerra, que terminó con el triunfo británico.

El tratado de Nankín entre los gobiernos de Pekín y Londres, firmado el 29 de agosto de 1842, puso fin al enfrentamiento, dispuso el pago de una indemnización al Reino Unido, le cedió la isla de Hong Kong (la cual permaneció bajo control británico hasta 1997) y abrió cuatro puertos más al comercio extranjero, entre ellos, Shanghai, que sucesivamente se convertiría en uno de los grandes centros mercantiles del mundo.

Mediante el tratado suplementario firmado un año más tarde—el 8 de octubre de 1843—China otorgó al Reino Unido la condición comercial de “nación más favorecida” y concedió a los súbditos de la reina Victoria que residían o estaban de paso en el celeste imperio el derecho de ser juzgados en tribunales británicos (no chinos). A tales efectos, el gobierno de Londres designó jueces en las cinco ciudades abiertas al comercio exterior.³

Este evento dio inicio la era de la extraterritorialidad, que se extiende a lo largo de un siglo en las relaciones entre China y Occidente, pues duró hasta 1943: un período de debilitamiento chino frente a otras potencias, lesiones a la soberanía imperial y pronunciado decaimiento del país. Efectivamente, la centuria siguiente a la primera guerra del opio estuvo marcada por una grave inestabilidad y un deterioro en las condiciones socioeconómicas del pueblo chino, mientras continuaban las exacciones foráneas. En este contexto, no resultaba descabellado que sectores en China culparan a las potencias extranjeras de los males que aquejaban al país.

Tan pronto tuvo noticias de los tratados con el Reino Unido, Estados Unidos aprovechó la circunstancia para obtener concesiones de parte de China. Washington despachó hacia el oriente a un “comisionado para China” con rango de embajador extraordinario y ministro plenipotenciario, el abogado Caleb Cushing, quien posteriormente sería procurador general de Estados Unidos y quien logró con China el tratado de “Paz, Amistad y Comercio” fechado en Wanxhia, el 3 de julio de 1844.

Mediante dicho acuerdo, Estados Unidos y China establecieron relaciones diplomáticas; China, además, concedió a Estados Unidos la condición de “nación más favorecida” en materia comercial; instituyó una tarifa arancelaria fija en los puertos abiertos al comercio; autorizó la adquisición de predios por estadounidenses en dichos puertos, para el establecimiento de hospitales y templos religiosos; permitió a los estadounidenses aprender el idioma chino; y concedió a los ciudadanos de Estados Unidos el derecho de extraterritorialidad. En consecuencia, al igual que el Reino Unido, Estados Unidos creó en las cinco ciudades chinas tribunales para sus naturales.⁴

El tratado de Wanxia abarca los intereses estadounidenses en China en la primera mitad del siglo XIX. Aunque los intereses eran, principalmente, mercantiles, las pretensiones imperialistas eran evidentes. Estados Unidos, que ya se vislumbraba como potencia emergente, aspiraba a incursionar en China a

³ “Treaty of Nanjing”, *Encyclopaedia Britannica*, en <https://www.britannica.com/event/Treaty-of-Nanjing>, acceso: 14 de enero de 2020.

⁴ U.S. State Department, Office of the Historian, “The Opening to China Part I: the First Opium War, the United States, and the Treaty of Wangxia, 1839–1844”, en <https://history.state.gov/milestones/1830-1860/china-1>, acceso: 14 de enero de 2020.

la par de las potencias europeas. Además, expresaba un interés cultural, religioso y humanitario por China y su pueblo, a partir de la creencia en el destino manifiesto y en la superioridad de los valores estadounidenses frente al tradicionalismo y el “atraso” chino.

La presencia económica, cultural, religiosa y humanitaria de Estados Unidos sería bien recibida en algunos sectores, los cuales hicieron suyos los principios republicanos y liberales que forman parte del discurso estadounidense. Otros sectores resentirían profundamente lo que conceptuaban como una intolerable intromisión en los asuntos chinos. A sus ojos, Estados Unidos formaba parte de la categoría de países que asediaban al celeste imperio, a la par del Reino Unido, Francia, Dinamarca, Holanda, España, Austria, Rusia y, eventualmente, Alemania, Italia y Japón. Todos estos Estados participaron en la rebatiña china, lesionando profundamente la dignidad de la antigua nación y contribuyendo a minar el prestigio de la dinastía Manchú, reinante desde 1644.

Las convulsiones chinas continuaron en años siguientes, proveyendo a las potencias extranjeras oportunidades para inmiscuirse más y obtener ventajas. A mediados del siglo XIX, una revuelta campesina—la rebelión Taiping (1850-1864)—desestabilizó grandes secciones del territorio chino. En medio de esta insurrección, la segunda guerra del opio (1856-1860) enfrentó nuevamente a China y al Reino Unido, esta vez en alianza con Francia. Además de obtener nuevas concesiones—entre ellas, la legalización del comercio del opio, cuya adicción se propagó masivamente en China—las potencias extranjeras participaron en la supresión de la rebelión Taiping. El Reino Unido, Francia, Rusia y Estados Unidos firmaron con China nuevos tratados, que permitieron el libre tránsito de extranjeros en el territorio chino; autorizaron el comercio y patrullaje de naves extranjeras en el río Yangtze; abrieron más puertos al tráfico mercantil con otras naciones; y ampliaron la extraterritorialidad.

En los años siguientes, la política exterior de Estados Unidos siguió promoviendo el comercio. El clíper, un barco velero de gran rapidez desarrollado en Inglaterra, hizo su aparición en la flota mercante estadounidense, permitiendo mayor eficiencia en el comercio chino-estadounidense. Hacia finales del siglo XIX, uno de los motivos que impulsó el deseo de abrir un canal por el istmo centroamericano fue, precisamente, el interés de acortar la ruta desde el litoral atlántico estadounidense hasta China. Las inversiones estadounidenses en China aumentaron, lo mismo que su presencia en los puertos autorizados, de los que había ya casi noventa en los albores del siglo XX. En Shanghai, estadounidenses y británicos controlaban la Concesión Internacional, cuyos imponentes edificios, que todavía se aprecian en el malecón del Bund, frente al río Huangpu y otras partes de la ciudad, son testimonio tanto de un estilo arquitectónico sui generis, que combina rasgos autóctonos con elementos foráneos, como de la fuerte intromisión extranjera en China a finales del siglo XIX y principios del siglo XX.

Mientras incursionaba en China a la par de las potencias europeas, Estados Unidos imponía restricciones migratorias a los naturales del celeste imperio. Los primeros inmigrantes chinos llegaron a Estados Unidos atraídos por la fiebre del oro en California, que comenzó en 1848. La migración china contribuyó pronunciadamente a la fuerza laboral que construyó el ferrocarril transcontinental entre la costa este de Estados Unidos y California, completado en 1869. Pero en la década siguiente, una escasez de trabajo resultante de la depresión económica intensificó el sentimiento contra los

migrantes asiáticos. En 1882, el congreso aprobó la ley de exclusión china, que prohibió la migración de chinos a Estados Unidos, vigente hasta 1943.⁵

Esta ley sirvió de modelo a otros países, incluyendo a Panamá, cuya Ley N°6 de 1904—aprobada pocos meses después de la fundación del Estado panameño—prohibió “la inmigración de los chinos, turcos y sirios al territorio de la República”, tomando como ejemplo, entre otros, el de California, cuyas clases trabajadoras “han gemido y gimen” bajo la “presión” de la migración china, según la exposición de motivos de dicha ley.⁶

En tanto cerraba la puerta a los chinos en Estados Unidos, Washington proponía en China una política de “puertas abiertas”: igualdad de condiciones para todas las potencias que aspiraban a un pedazo del pastel. Los gobiernos estadounidenses se oponían, en consecuencia, a que una potencia tuviese más privilegios que otras, lo cual, según algunos estudiosos, de alguna manera constituyó un freno para que alguna de las grandes potencias se hiciese dominante en China.

En 1900, un contingente armado estadounidense formó parte de la fuerza multinacional, compuesta por tropas japonesas, rusas, británicas, francesas, austríacas e italianas, que suprimió la rebelión bóxer, otra revuelta campesina, en esta ocasión profundamente anti extranjera. El desprestigio que esta derrota infligió a la casa imperial facilitó, en 1911, la revuelta que depuso al emperador (Pu Yi, un menor de cinco años) y condujo a la creación de la República de China en 1912, bajo la inspiración de Sun Yat Sen y otros demócratas chinos. La caída del gobierno imperial abrió las puertas a aún más inestabilidad. Por una parte, la llamada “era de los señores de la guerra”, entre 1916 y 1928, subdividió a China en numerosas secciones controladas por cabecillas seccionales. Por otra, la guerra civil, entre el Partido Nacionalista (Kuomintang), liderado por Chiang Kai-shek y el Partido Comunista Chino, encabezado por Mao Tse-Tung, desangró al país entre 1927 y 1949.

En medio de este caos, las incursiones japonesas de 1931 y 1937 cercenaron el territorio chino y ocasionaron una destrucción sin precedentes. Precisamente, uno de los capítulos más violentos de la Segunda Guerra Mundial tuvo lugar en China, cuya población sufrió despiadadamente los estragos del imperialismo japonés. Este es un antecedente importante, que no podemos olvidar, de las suspicacias que aún persisten en las relaciones entre China y Japón.

En estos años de intranquilidad, Estados Unidos promovió sus objetivos como pudo, teniendo siempre en cuenta los intereses de comerciantes e inversionistas. En la ruta hacia la Segunda Guerra Mundial, Washington advirtió la importancia de forjar alianzas con el mayor número posible de Estados, para hacer frente a la amenaza nazifascista e imperialista procedente de las potencias del Eje.

Esta necesidad se hizo más evidente tras el ingreso de Estados Unidos en la contienda, a partir de diciembre de 1941. Aun cuando China estaba dividida por la guerra civil y gran parte de su territorio se encontraba bajo ocupación japonesa, la administración del presidente Franklin Delano Roosevelt identificó en el gigante asiático un aliado estratégico en el esfuerzo bélico, así como un país de enorme potencial hacia el futuro.

⁵ “Chinese Immigration,” *PBS History Detectives*, <https://www.pbs.org/opb/historydetectives/feature/chinese-immigration/>. Acceso: 18 de octubre de 2019.

⁶ Juan A. Tejada Mora, “Tratamiento de ‘las razas de inmigración prohibida’ en Panamá”, *Revista Cultural Lotería* N°507 (marzo/abril de 2013), págs. 25-35.

En aras de un fortalecimiento de los nexos entre ambos gobiernos, en el marco de la Segunda Guerra Mundial, mediante el tratado de 1943 Estados Unidos puso fin a la extraterritorialidad de sus ciudadanos en China (el Reino Unido hizo lo mismo mediante un tratado aparte, suscrito en la misma fecha).⁷ Así concluyó una segunda etapa en las relaciones chino-estadounidenses, en la que Estados Unidos concurrió, junto con otras potencias, al deterioro de la posición china y el menoscabo de su soberanía.

Concluida la Segunda Guerra Mundial, un nuevo sistema internacional, forjado en Washington, le tenía reservada a China una posición entre las cinco grandes potencias. Un puesto en el Consejo de Seguridad de la recién creada Organización de las Naciones Unidas fue asignado a la República de China, la entidad fundada en 1912, con la que se identificaban Washington y los Estados que coincidían con su política.

Sin embargo, esa república, liderada por el generalísimo Chiang Kai-shek, estaba bajo asedio por un grupo cada vez más grande de revolucionarios marxistas, encabezados por Mao Tse-tung. Hacia finales de la década, Estados Unidos llegó a discernir que el cascarón nacionalista no resistiría el asedio de los marxistas, quienes eventualmente se apoderarían de la China continental. Otro país pasaría a aumentar las filas del comunismo internacional. El pánico cundió en Washington.

La revolución maoísta (1949-1979)

Setenta años atrás—el 1 de octubre de 1949—tras propinarle la estocada final a las fuerzas nacionalistas, Mao Tse-tung proclamó el nacimiento de la República Popular China, con dominio efectivo sobre toda el área continental. Los nacionalistas huyeron a la isla de Formosa (Taiwán), recientemente evacuada por los japoneses, donde establecieron el gobierno de la República de China. Washington optó por desconocer el régimen de Mao, reconociendo como legítimo representante del pueblo chino al régimen autoritario de Chiang Kai-shek en Taiwán.

El triunfo de los revolucionarios puso fin a la guerra civil en China, pero no así a las vicisitudes del pueblo chino. Mao promovió una transformación radical del país por la senda del totalitarismo comunista, inicialmente en comunión con la Unión Soviética. Posteriormente, sin embargo, las relaciones entre ambos gigantes comunistas se deteriorarían hasta la ruptura a mediados de los años sesenta y una confrontación fronteriza en 1969.

La implementación de la versión del marxismo propulsada por Mao causó grandes sufrimientos. Entre 1959 y 1962, una terrible hambruna, producto de malas decisiones económicas y políticas desastrosas, causó la muerte de hasta 45 millones de chinos.⁸ Entre 1966 y 1976, la llamada “revolución cultural” acentuó el totalitarismo en su intento de imponer absoluta unidad de pensamiento y actitudes a lo largo y ancho del país, de conformidad con los planteamientos de Mao. Las estimaciones del número de muertos varían, pero se calcula que al menos unas 500 mil y hasta dos millones de personas

⁷ Quincy Wright, “The End of Extraterritoriality in China”, *The American Journal of International Law* 37:2 (abril de 1943): 286-289.

⁸ Tania Branigan, “China’s Great Famine: The True Story”, *The Guardian*, 1 de enero de 2013, en <https://www.theguardian.com/world/2013/jan/01/china-great-famine-book-tombstone>, acceso: 14 de enero de 2020.

pudieron perecer como resultado de la persecución política. Los despojos y las pérdidas económicas y culturales fueron incalculables.⁹

En los años iniciales de la revolución china, los contactos entre Pekín y Washington se redujeron significativamente. Washington rehusaba reconocer a la República Popular China e insistió en que el asiento de China, tanto en la Asamblea General como en el Consejo de Seguridad de la ONU, correspondía a Taiwán, como auténtico representante del pueblo chino. Esta insistencia causó el un boicot de la organización por parte de la Unión Soviética.

En consecuencia, cuando en 1950 Corea del Norte, con el apoyo de China continental, invadió a Corea del Sur, el Consejo de Seguridad—compuesto por Estados Unidos, el Reino Unido, Francia y la República de China en Taiwán—aprobó por unanimidad la implementación de un operativo militar de las Naciones Unidas para expulsar a los norcoreanos. La Unión Soviética, el quinto miembro del Consejo de Seguridad, no participó en la decisión.

China y Corea del Norte se enfrentaron a las Naciones Unidas, encabezadas por Estados Unidos. Tras alcanzar su objetivo de empujar a las fuerzas invasoras detrás de la frontera, la guerra de Corea entró en un atolladero. En 1953 cesaron las hostilidades, sin firma de un tratado de paz, que sigue pendiente.

En la guerra de Viet Nam (1955-1975), que enfrentó al norte comunista con el sur alineado a Washington, China volvió a encontrarse en el bando contrario a Estados Unidos. Pekín apoyó a Hanoi en esta confrontación, manteniendo a lo largo del período una activa política exterior, en apoyo al liberacionismo, la descolonización y las guerrillas izquierdistas en muchas partes, muy a pesar de su precaria situación económica. A raíz de los sucesos del 9 de enero de 1964 en Panamá, por ejemplo, el gobierno y el Partido Comunista Chino emitieron duros pronunciamientos y organizaron manifestaciones en contra del imperialismo estadounidense. El propio Mao no desaprovechó la oportunidad para

declarar el firme apoyo del pueblo chino a la patriótica y justa lucha del pueblo de Panamá contra la agresión imperialista estadounidense y urgir a los pueblos del mundo, a todos los países sujetos a la agresión, el control, la intromisión o el acoso de Estados Unidos, a unirse y formar el frente unido más amplio posible para oponerse a las políticas imperialistas estadounidenses de agresión y guerra, así como a salvaguardar la paz mundial.

¹⁰

La precariedad económica tampoco impidió que China desarrollara su potencial nuclear. Sus primeras pruebas de armas nucleares tuvieron lugar en 1964 y, en 1967, China probó, por primera vez, su bomba de hidrógeno.

⁹ Tom Phillips, “The Cultural Revolution: All You Need to Know about China’s Political Convulsion”, *The Guardian*, 11 de mayo de 2016, en <https://www.theguardian.com/world/2016/may/11/the-cultural-revolution-50-years-on-all-you-need-to-know-about-chinas-political-convulsion>, acceso: 14 de enero de 2020.

¹⁰ “Panama Sí, Yanquis No!” y “All the World’s Forces Opposing U.S. Imperialism, Unite!”, *Peking Review*, 24 de enero de 1964, en <https://www.marxists.org/subject/china/peking-review/1964/PR1964-04.pdf>. Acceso: 18 de octubre de 2019. Traducción del autor.

En vista de estos antagonismos con el occidente liderado por Estados Unidos, el relajamiento de tensiones entre ambos Estados sorprendió al mundo entero. Efectivamente, en la búsqueda de un equilibrio de poder para neutralizar a la Unión Soviética, en 1971 Estados Unidos inició contactos con la República Popular China.

El 25 de octubre de 1971, la Asamblea General de las Naciones Unidas aprobó la resolución N°2758, que reconoció a la República Popular China como único y legítimo representante del pueblo chino, expulsando, en el acto, a Taiwán. En esos momentos se iniciaron conversaciones para normalizar las relaciones entre Pekín y Washington. El presidente Nixon realizó una histórica visita a China en 1972, al término de la cual se emitió el Comunicado de Shanghai, en el que ambos países se comprometieron a trabajar para lograr la plena normalización de las relaciones diplomáticas. En consecuencia, se establecieron “oficinas de enlace” en Washington y Pekín.

El acercamiento con Estados Unidos benefició a China Popular y afianzó su seguridad en la etapa final de la Guerra Fría (1947-1991). Estados Unidos, sin embargo, vio menos beneficios de los que esperaban, en la medida en que China continuó su respaldo a Corea del Norte y Viet Nam del Norte.

Los intercambios económicos, motor principal en etapas previas de las relaciones chino-estadounidenses, demoraron en crecer. Sin embargo, el cronograma hacia el establecimiento de nexos diplomáticos continuó avanzando con la visita del presidente Gerald Ford a China en 1975. En las postrimerías de la década, se acordó su formalización.

La normalización de las relaciones diplomáticas (1979-a la fecha)

Cuatro décadas atrás, tras romper con la República de China en Taiwán, a la que había reconocido como representante del pueblo chino durante treinta años, Washington y Pekín reanudaron sus relaciones diplomáticas, interrumpidas tras la victoria comunista en la guerra civil (1949). En el comunicado conjunto emitido el 15 de diciembre de 1978, Estados Unidos reconoció al gobierno de Pekín como “el único gobierno legal de China”, anunció el establecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países a partir del 1 de enero de 1979, informó que el pueblo estadounidense mantendría relaciones culturales, comerciales y de otro tipo, no oficiales, con el pueblo de Taiwán, y reconoció la posición de Pekín sobre la existencia de una sola China, de la cual forma parte Taiwán. Al mismo tiempo, en esa misma fecha entró en vigencia la Ley de Relaciones con Taiwán, aprobada por el congreso estadounidense, de acuerdo con la cual Estados Unidos se compromete a proveer al gobierno de Taipei los artículos y servicios que requiera a fin de asegurar su propia defensa.¹¹

En los cuarenta años transcurridos desde la normalización diplomática, una situación de interdependencia compleja se ha generado entre ambos Estados. La reforma del sistema económico chino, a partir de 1979, impulsó la producción y el crecimiento a niveles insospechados, fomentando un crecimiento exponencial en el comercio entre ambos países. Una vez más, como en los inicios de la relación a finales del siglo XVIII, la producción china es apetecida en Estados Unidos, aunque los artículos codiciados no son, en su mayoría, bienes de lujo. Como en los primeros sesenta años de la

¹¹ U.S. Congress, “Taiwan Relations Act, Public Law 96-8 (96th Congress)”, <https://www.ait.org.tw/our-relationship/policy-history/key-u-s-foreign-policy-documents-region/taiwan-relations-act/>, acceso: 14 de enero de 2020.

relación (1784-1844), el comercio con China ha enriquecido a transportadores, importadores y mayoristas estadounidenses; en lo que atañe a Panamá, este comercio fue el factor principal detrás del interés estadounidense (y chino) por la ampliación del canal, para que permitiera el paso de buques de mayores proporciones, repletos de carga para la costa este estadounidense.¹²

A pesar de eventos como la masacre de Tiananmen (1989), que confirmó al mundo la vigencia del autoritarismo en China y la represión en Tíbet y Xinjiang, las relaciones entre Estados Unidos y China generalmente se mantuvieron en buenos términos. En Estados Unidos, sin embargo, algunas voces fuera del gobierno, en el congreso y la sociedad civil, denunciaban el autoritarismo chino, las pretensiones hegemónicas de su gobierno y su competencia desleal, incluyendo el dumping, la manipulación monetaria y la piratería tecnológica. Estas denuncias han ido acrecentándose en años recientes, particularmente en el marco de un afianzamiento de la posición internacional de China y el percibido descenso en la de Estados Unidos.

Eventos como los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001, que enfocaron descomedidamente la atención de Washington en el Medio Oriente, y la crisis financiera de 2007-2008, que mermó la economía estadounidense, proveyeron a China la oportunidad de aumentar su presencia no solo en los países de su vecindario, como ha sido el caso desde la época imperial, sino en lugares bastante lejanos, incluyendo a África y América, dentro de la propia esfera de influencia de Estados Unidos. Su iniciativa de la franja y la ruta para mejorar la interconexión mundial, puesta en vigencia en 2013, es vista en muchos rincones como un intento muy asertivo por aumentar la influencia internacional de China.

En la década de 2010, estos eventos—en particular, el enorme déficit comercial, que alcanzó los 336 mil millones de dólares en 2017—ocasionaron una revisión de las actitudes oficiales hacia China. Particularmente, desde la entrada de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos, una creencia en que la apertura económica conduciría a la liberalización política y la eventual democratización de China ha sido reemplazada por un sentimiento de resignación, de que el autoritarismo está consolidado en el país y no habrá tránsito a la democracia; de que el gobierno de Pekín no “juega limpio”, según las normas de convivencia del sistema internacional; y que la política económica, comercial y tecnológica de China constituye una amenaza para Estados Unidos y el mundo occidental.

En otras palabras, las relaciones entre ambos Estados están en su punto más difícil desde la normalización de relaciones en 1979. Es esto lo que plantea la más reciente Estrategia de Seguridad de Estados Unidos, que señala, textualmente, que China (y Rusia) desafían el poderío, la influencia y los intereses estadounidenses, intentando con ello erosionar la seguridad y la prosperidad de Estados Unidos. Añade la Estrategia que China (y Rusia) están decididas a promover economías menos libres y justas, a aumentar sus fuerzas militares, a controlar información y datos para reprimir a sus sociedades y, en general, a ampliar su influencia.¹³

¹² Carlos Guevara Mann, “National Security or Special Interests? US Support for the Panama Canal Expansion Programme”, *Global Society* 25:2 (abril de 2011): 181-204.

¹³ Office of the President of the United States, “National Security Strategy of the United States of America,” December 2017, en <https://www.whitehouse.gov/wp-content/uploads/2017/12/NSS-Final-12-18-2017-0905.pdf>, pág. 2. Traducción del autor. Acceso: 18 de octubre de 2019.

La guerra arancelaria iniciada en 2018 por el gobierno estadounidense responde a estos temores. Esta política podría ser el primer paso en el escalamiento de tensiones entre ambas potencias, que se suscitaría como resultado de la denominada “trampa de Tucídides”, como nos lo recuerda el renombrado académico de la Universidad de Harvard, el profesor Graham Allison.¹⁴ En su *Historia de la guerra del Peloponeso*, Tucídides, cronista y militar ateniense, atribuyó el comienzo de la guerra a los temores que suscitó en Esparta el ascenso en el poderío de Atenas. La ausencia de valores compartidos, en presencia de un antagonismo ideológico y profundas diferencias culturales, dificultan las posibilidades de un avenimiento entre Washington y Pekín.

Lo cierto es que, como hemos visto en esta somera aproximación a las relaciones entre ambos países, ningún momento anterior de su historia se ha visto una competencia por la hegemonía mundial entre China y Estados Unidos. En la etapa inicial de esa historia (1784-1844), el desinterés chino, en momentos en que Estados Unidos iniciaba su vida independiente y, por ende, carecía de preponderancia en el sistema internacional, circunscribieron la relación a una de intercambios comerciales productivos.

En la segunda etapa (1844-1949), el debilitamiento de China y el fortalecimiento de Estados Unidos trajeron como consecuencia una relación asimétrica, con menoscabo para el celeste imperio. En la tercera etapa (1949-1979), profundas diferencias ideológicas y políticas redujeron los contactos entre ambos Estados a su mínima expresión. En esta cuarta etapa (1979-) una competencia por la hegemonía mundial entre China y Estados Unidos podría producir desenlaces inéditos en la historia de las relaciones entre ambos países.

Agradecimientos

Agradezco la invitación transmitida por el profesor Gustavo Montúfar para participar en este evento, que me permite compartir con tan selecto auditorio una aproximación muy somera a la historia de las relaciones entre Estados Unidos y China, tema de gran amplitud, interés y relevancia a la actualidad.

¹⁴ “Thucydides's Trap,” Harvard Kennedy School Belfer Center for Science and International Affairs, <https://www.belfercenter.org/thucydides-trap/overview-thucydides-trap>, acceso: 14 de enero de 2020.